

Introducción a los estudios literarios

Cuaderno de prácticas

*

Tema 1
La noción de literatura.
El concepto de literatura y su trayectoria
histórica

Grado en Estudios Franceses
1º curso
Profesor Juan García Única

Texto I

La invocación de Homero

Canta, diosa, de Aquiles el Pelida
ese resentimiento –¡que mal haya!–
que infligió a los aqueos mil dolores,
y muchas almas de héroes esforzados
precipitó al Hades,
y de sus cuerpos el botín hacía
de perros y de todas
las aves de rapiña,
y el designio de Zeus se iba cumpliendo
desde el primer momento
en que se separaron,
después de una disputa,
el Atrida, caudillo de guerreros,
y Aquiles que vástago es de Zeus.

Homero, *Iliada* (Antonio López Eire, ed.), 4ª ed., Madrid,
Cátedra, 1995, págs. 35-36.

NOTAS:

Texto II

Los papeles de Catulo

Anales de Volusio, papeles inmundos, cumplid el voto en nombre de mi amada, pues prometió a la venerable Venus y a Cupido que si yo volvía a ella y dejaba de atacarla con feroces yambos ofrecería al dios de tardo paso, para ser quemadas sobre leña estéril, las obras más escogidas del peor de los poetas. He aquí lo que a la traviesa muchacha le parece divertido y agudo ofrecer a los dioses. Ahora, oh tú, nacida en el mar azul, que habitas el sagrado Idalio y la abierta llanura de Urio, y Ancona y Cnido, rica en cañas, y Amatunte y Dirraquio, taberna del Adriático, ten por acepto y cumplido el voto, si no es grosero ni indigno de Venus. Y vosotros, mientras tanto, venid al fuego, llenos de patochadas y sandeces, anales de Volusio, papeles inmundos.

Catulo, *Poesías de Catulo* (Juan Petit, ed.), Barcelona, Los Libros de la Frontera, 1995, págs. 65-66.

NOTAS:

Texto III El canto del cisne según Marcial

LXXVII

Cisnes

Dulces cantos con su lengua sin fuerzas entona el cisne, cantor él mismo de su propio funeral.

Marcial, *Epigramas* (José Guillén y Fidel Argudo, eds.), 2ª ed., Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, pág. 569

NOTAS:

Texto IV

La verdad de la *Chanson*

I

El rey Carlos, nuestro emperador magno, ha estado en España siete años enteros: conquistó hasta la mar la alterosa tierra. No hay castillo que resista ante él, ni ha quedado muro ni ciudad sin derribar, salvo Zaragoza, que está en una montaña. La posee el rey Marsil, que no ama a Dios; sirve a Mohma e invoca a Apolín: no se puede preservar de que mal le alcance.

(...)

291

Cuando el emperador hubo hecho su justicia, y se hubo aclarado su gran enojo y hubo cristianado a Braminonda, el día pasó y cayó la noche. El rey se acostó en su cámara abovedada. San Gabriel vino a decirle de parte de Dios: «Carlos, reúne las huestes de tu imperio. Irás por fuerza a la tierra de Bira y socorrerás al rey Vivién en Infá, ciudad que los paganos han sitiado: los cristianos te invocan y te llaman». El emperador no quisiera ir: «¡Dios! –dijo el rey–, ¡qué trabajosa es mi vida!» Sus ojos lloran, tira de su barba blanca.

Aquí acaba la gesta que Tuoldus declina.

NOTAS:

Chanson de Roland. Cantar de Roldán y el Roncesvalles navarro (Martín de Riquer, ed.), Barcelona, Acantilado, 2003, págs. 49 y 367-369.

NOTAS:

Texto V

La «razón» de la *Razón de amor*

Qui triste tiene su coraçón
benga oír esta razón.
Odrá razón acabada,
feita d'amor e bien rimada.
Un escolar la rimó
que siempre dueñas amó;
mas siempre ovo triança
en Alemania y en Francia,
moró mucho en Lombardía
por aprender cortesía.

Razón de amor, en Fernando Gómez Redondo (ed.), *Poesía española I. Edad Media: juglaría, clerecía y romancero*, Barcelona, Crítica, 1996, pág. 225.

NOTAS:

Texto VI

¿De qué «no quiere acordarse» Cervantes y qué aspecto tenía Alonso Quijano?

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón la más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de «Quijada», o «Quesada», que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba «Quijana». Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* (Francisco Rico, ed.),
Barcelona, Crítica, 2001, págs. 35-37.

NOTAS:

Texto VII

El cumpleaños de Bilbo

Cuando el señor Bilbo Bolsón de Bolsón Cerrado anunció que muy pronto celebraría su cumpleaños centesimodecimoprimeros con una fiesta de especial magnificencia, hubo muchos comentarios y excitación en Hobbiton.

Bilbo era muy rico y muy peculiar, y había sido el asombro de la Comarca durante sesenta años, desde su memorable desaparición e inesperado regreso. Las riquezas que había traído de aquellos viajes se habían convertido en leyenda local, y era creencia común, contra todo lo que pudiera decir los viejos, que en la Colina de Bolsón Cerrado había muchos túneles atiborrados de tesoros. Como si esto no fuera suficiente para darle fama, el prolongado vigor del señor Bolsón era la maravilla de la Comarca. El tiempo pasaba, pero parecía afectar muy poco al señor Bolsón. A los noventa años tenía el mismo aspecto que a los cincuenta. A los noventa y nueve comenzaron a considerarlo «bien conservado», pero «sin cambios» hubiese estado más cerca de la verdad. Había algunos que meneaban la cabeza pensando que eran demasiadas cosas buenas; parecía injusto que alguien tuviese (en apariencia) una juventud eterna, y a la vez (se suponía) bienes inagotables.

–Tendrá que pagar –decían–. ¡No es natural, y traerá problemas!

(...)

NOTAS:

Pasaron doce años más. Los Bolsón habían dado siempre bulliciosas fiestas de cumpleaños en Bolsón Cerrado; pero ahora se tenía entendido que algo muy excepcional se planeaba para el otoño. Bilbo cumpliría ciento once años, un número bastante curioso y una edad muy respetable para un hobbit (el viejo Tuk había alcanzado sólo los ciento treinta; y Frodo cumpliría treinta y tres, un número importante: el de la mayoría de edad).

J. R. R. Tolkien, *El Señor de los Anillos*, Barcelona, Minotauro, 1991,
págs. 33-34.

NOTAS:

Texto VIII*

Platón y la escritura

Pues bien, oí decir que vivió en Egipto en los alrededores de Naucratis uno de los antiguos dioses del país, aquél a quien le está consagrado el pájaro que llaman Ibis. Su nombre es Teuth, y fue el primero en descubrir no sólo el número y el cálculo, sino la geometría y la astronomía, el juego de damas y los dados, y también las letras. Reinaba entonces en todo Egipto Thamus, que vivía en esa gran ciudad del alto país a la que llaman los griegos la Tebas egipcia, así como a Thamus la llaman Ammón. Theuth fue a verle y, mostrándole sus artes, le dijo que debían ser entregadas al resto de los egipcios. Preguntóle entonces Thamus cuáles eran las ventajas que tenía cada una y, según se las iba exponiendo aquél, reprobaba o alababa lo que en la exposición le parecía que estaba mal o bien. Muchas fueron las observaciones que en uno y en otro sentido, según se cuenta, hizo Thamus a Theth a propósito de cada arte, y sería muy largo el referirlas. Pero una vez que hubo llegado a la escritura, dijo Theuth: «Este conocimiento, oh rey, hará más sabios a los egipcios y aumentará su memoria. Pues se ha inventado como un remedio de la sabiduría y la memoria». Y aquél replicó: «Oh, Theuth, excelso inventor de artes, unos son capaces de dar el ser a los inventos del arte, y otros de discernir en qué medida son ventajosos o perjudiciales para quienes van a hacer uso de ellos. Y ahora tú, como padre que eres de las letras, dijiste por cariño a ellas el efecto contrario al que producen. Pues este invento dará origen en las almas de quienes lo

NOTAS:

aprendan al olvido, por descuido del cultivo de la memoria, ya que los hombres, por culpa de su confianza en la escritura, serán traídos al recuerdo desde fuera, por unos caracteres ajenos a ellos, no desde dentro, por su propio esfuerzo. Así que, no es un remedio para la memoria, sino para suscitar el recuerdo de lo que es tu invento. Apariencia de sabiduría y no sabiduría verdadera procuras a tus discípulos. Pues habiendo oído hablar de muchas cosas sin instrucción, darán la impresión de conocer muchas cosas, a pesar de ser en su mayoría unos perfectos ignorantes; y serán fastidiosos de tratar, al haberse convertido, en vez de en sabios, en hombres con la presunción de serlo».

Platón, *Fedro*, en *Diálogos* (Luis Gil Fernández, ed.), Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, págs. 751-753.

NOTAS:

Texto IX*

Poética de Aristóteles (Libro I, IX)

Diferencia entre la poesía y la historia

Y también resulta claro por lo expuesto que no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, esto es, lo posible según la verosimilitud o la necesidad. En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa (pues sería posible versificar las obras de Heródoto, y no serían menos historia en verso que en prosa); la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro, lo que podría suceder. Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia; pues la poesía dice más bien lo general y la historia lo particular. Es general a qué tipo de hombres le ocurre decir o hacer tales o cuales cosas verosímil o necesariamente, que es lo que tiende la poesía, aunque luego ponga nombres a los personajes; y particular, qué hizo o qué le sucedió a Alcibíades.

Aristóteles, *Poética* (Valentín García Yebra, ed.), Madrid, Gredos, 1974, págs. 157-158.

NOTAS:

Texto X*

Literatura e historia en San Agustín

En efecto (...), puesto que el hombre no podía vincularse con toda firmeza a otro hombre a menos que hablaran entre sí y se fundieran de algún modo sus almas y pensamientos, comprendió que había de imponer a las cosas ciertos vocablos, es decir, sonidos dotados de significado, para servirse, por así decirlo, de los sentidos como de intérpretes para unir consigo los ánimos de los demás, ya que podían percibirlos directamente.

Mas, como las palabras de los ausentes no podían oírse, aquella razón dio a luz las letras, anotando y distinguiendo todos los sonidos de la voz y de la lengua. Pero no podía realizar nada de esto mientras pareciera que la multitud de las cosas se extendía al infinito por no haberles fijado algún término. De ahí que se experimentó, con fuerza imperiosa, la necesidad de la numeración. Descubiertas estas dos cosas, apareció la profesión de los copistas y de los maestros de las primeras letras, algo así como la infancia de la gramática, a la que Varrón da el nombre de *literatura*, pues cómo se llame en griego no lo recuerdo bien en este momento.

(...)

NOTAS:

Podía darse por terminada la gramática; mas, como con su mismo nombre reclama la relación con las letras, de donde procede su nombre latino *litteratura*, ha resultado que incumbe necesariamente a ella el poner por escrito cuanto es digno de ser recordado. De ahí que a esta disciplina haya venido a unirse un nombre ciertamente único, pero de temática finita y variada, la historia, más llena de cuidados que de satisfacción y verdad, más ardua para los gramáticos que para los mismos historiadores.

Agustín de Hipona, *El maestro o Sobre el lenguaje y otros textos* (Atilano Domínguez, ed.), Madrid, Trotta, 2003, págs. 140-142.

NOTAS:

Texto XI*

¿Hubo una «literatura» medieval?

Independientemente de esta *contradictio in terminis*, una «literatura» no fue apenas, y además poco a poco, identificada como clase particular de discurso más que a partir del siglo XVIII. La noción se constituye, en el seno de las tradiciones existentes, por la imposición de varios esquemas de pensamiento, entonces novedosos, funcionando de pronto de manera oculta como parámetros críticos: la idea de un «sujeto» enunciador autónomo, la posibilidad de una captación del otro, la importancia otorgada a la referencialidad del lenguaje y, simultáneamente, a la ficción; la presuposición de cierta eternidad de un tipo de discurso socialmente trascendente, suspendido sobre un espacio vacío.

Paul Zumthor, *Parler du Moyen Âge*, Paris, Les Éditions de Minuit,
1980, págs. 30-31. Traducción del profesor.

NOTAS:

Texto XII*

La literatura no ha existido siempre

La literatura no ha existido siempre.

Los discursos a los que hoy aplicamos el nombre de «literarios» constituyen una realidad histórica que sólo ha podido surgir a partir de una serie de condiciones –asimismo históricas– muy estrictas: las condiciones derivadas del nivel ideológico característico de las formaciones sociales «modernas» o «burguesas» en sentido general.

Como la afirmación es abrupta la justificaremos por partes.

(...)

En efecto: ¿a qué llamamos hoy «literatura»? Sencillamente: llamamos literatura a una serie de discursos caracterizados ante todo por:

a) Ser *obras* de un *autor*, esto es, ser un objeto construido por un sujeto. La ideología hoy hegemónica (*hoy*: quiero decir, a partir del siglo XVIII) considera por supuesto que no sólo los discursos literarios, sino también cualquier otro tipo de discursos (los «teóricos» en general, los «científicos» en sentido estricto, los «políticos» en su amplísima gama: como también sus «obras artísticas», etc.), son asimismo y ante todo *objetos construidos por un sujeto*. Lo que diferenciaría, pues, a los textos literarios de todos estos otros discursos paralelos sería precisamente el hecho de que en tales textos se expresaría mejor que en ninguna otra parte *la*

NOTAS:

propia verdad interior, la propia intimidad del «sujeto/autor de la obra». En consecuencia, el *sujeto literario* –y por lo mismo «su» texto– no nos aparecería así como un «sujeto» sin más, sino como aquél en estricto que «habla» o se «expresa» en nombre siempre de su propia verdad interna (y más allá, por tanto, en nombre de la verdad misma de todos los sujetos humanos. Ello independientemente por supuesto tanto de que el autor utilice un género «confesional» o «biográfico», como de que se considere como transmisor de una verdad social, popular o nacional, etc.

b) Todas esas categorías son las que se han considerado esencialmente como las que justificarían la existencia de una literatura «eterna»: 1º) la supuesta existencia permanente de ese *sujeto/autor* de «su» *propia obra*, expresando en ella su propia verdad autónoma e interior, y 2º) a la inversa: la creencia en que paralelamente ha tenido también una existencia «eterna» ese tipo de discurso que se constituye como mera expresión de la voz interior de un «autor» y que es colectivamente considerado como válido sólo por existir como expresión de tal «VOZ».

Este tipo de planteamientos «eternizantes» no revelan obviamente más que un profundo trasfondo a-histórico. Lo que nosotros pretendemos, al contrario, es proponer la tesis de la radical historicidad de la literatura.

Juan Carlos Rodríguez, *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas (siglo XVI)*, 2ª ed., Madrid, Akal, 1990, págs. 5-6.

NOTAS: